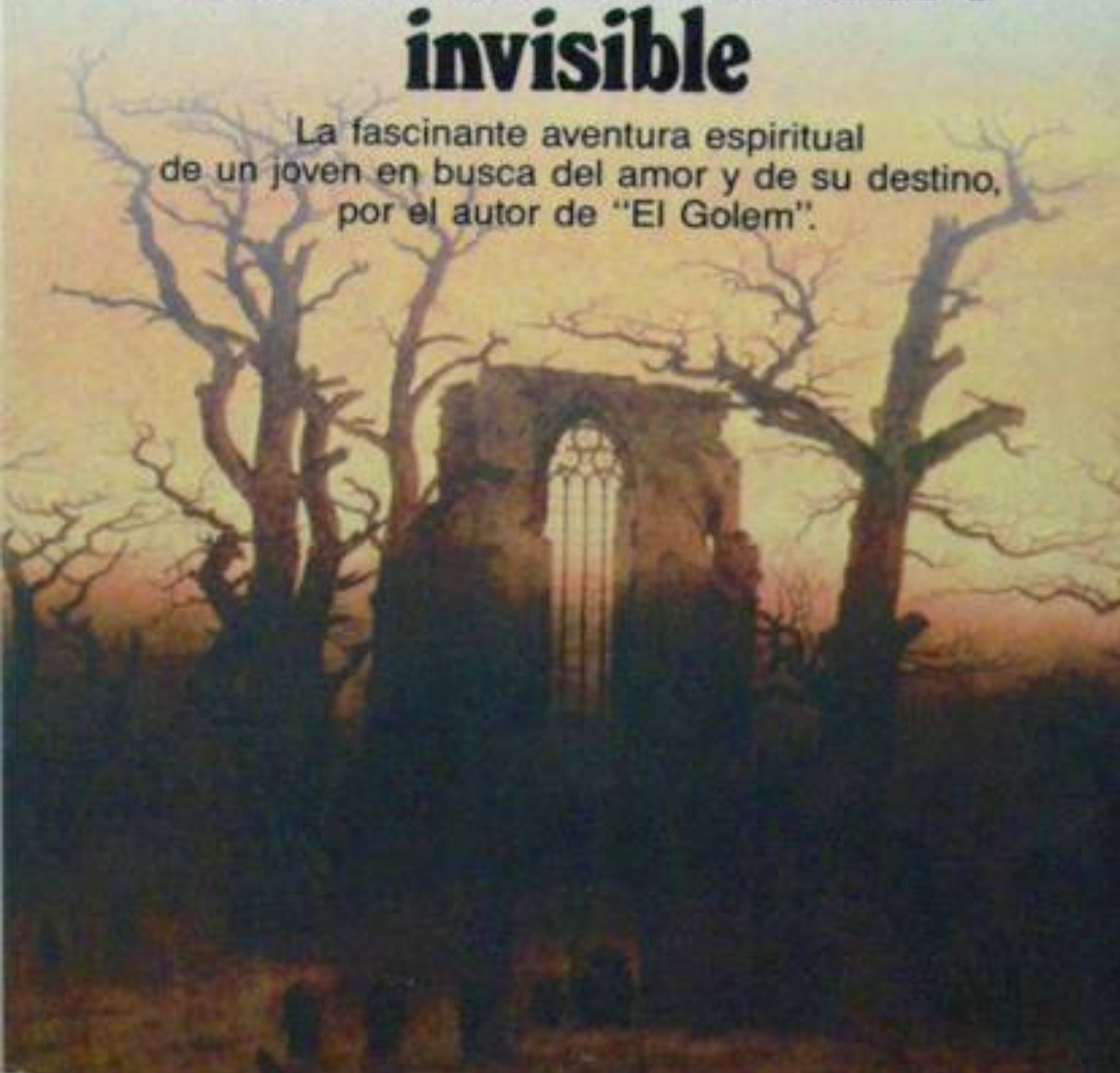


**Gustav Meyrink**

**El dominico  
blanco**

**Diario de un hombre  
invisible**

La fascinante aventura espiritual  
de un joven en busca del amor y de su destino,  
por el autor de "El Golem".



El *Dominico Blanco* es la obra más esotérica de Gustav Meyrink (autor de la famosa novela *El Golem*), un lírico e intenso relato onírico en que afloran sus profundos conocimientos sobre el taoísmo. Una historia que se desarrolla por completo en una mística versión de la ciudad de Wasserburg, elevada sobre un promontorio que rodea por tres lados el río Inn.

La novela describe el viaje espiritual de un «ser invisible» llamado Christoph Taubenschlag, quien se expresa a través de la pluma del Autor. De este modo Christoph nos relata como (guiado por sus excéntrico padre, el barón von Jöcher, ciudadano ilustre y farolero honorario de la ciudad; el Padre Fundador, su lejano antepasado, la protectora presencia de Ofelia, su amada muerta; y la misteriosa figura del Dominico Blanco) logró escapar a la figura ominosa de la «cabeza de medusa», convirtiéndose en la «copa del árbol» y uniéndose así «a la cadena invisible que se extiende hasta el infinito».

## Introducción

—El señor X o el señor Y ha escrito una novela... ¿Qué significa esto? Pues muy sencillo:

—Con ayuda de su fantasía ha descrito personas que en realidad no existen, les ha atribuido experiencias y las ha relacionado entre sí.

Tal es más o menos, resumido, el criterio general.

En cuanto a la fantasía, todos creen saber qué es, pero muy pocos intuyen la existencia de categorías sumamente notables de imaginación.

¿Qué decir cuando, por ejemplo, la mano, ese instrumento del cerebro al parecer tan complaciente, se niega de pronto a escribir el nombre del héroe de la historia que uno ha pensado y en su lugar elige tercamente otro? ¿Acaso no queda uno desconcertado y se pregunta: estoy «creando» realmente o es, a fin de cuentas, mi imaginación una especie de aparato receptor? ¿Algo que en el ámbito de la telegrafía sin hilos se llama antena?

Ha habido casos de personas que se han levantado dormidas por la noche y han terminado redacciones abandonadas al atardecer del día anterior a causa del agotamiento producido por los esfuerzos de la jornada, y resuelto problemas que tal vez no habrían sabido solucionar en estado de vigilia.

Estas cosas suelen explicarse con las palabras: «El subconsciente, habitualmente dormido, ha acudido en su ayuda».

Si ocurre algo parecido en Lourdes, se dice: «La Madre de Dios le ha ayudado». Quién sabe, quizá el subconsciente y la Madre de Dios son la misma cosa.

No es que la Madre de Dios sea sólo el subconsciente, no: el subconsciente es la Madre de Dios.

\* \* \*

En esta novela un tal Christopher Taubenschlag interpreta el papel de un hombre vivo.

No conseguí averiguar si vivió alguna vez; es seguro que no ha salido de mi fantasía, de esto estoy completamente convencido; lo afirmo con rotundidad para evitar el peligro de que se me considere como alguien que quiere hacerse el interesante. Aquí no se trata de describir con exactitud de qué modo se llevó a cabo el libro; baste saber que yo me limito a hacer un somero bosquejo de lo ocurrido.

Espero ser disculpado si hablo de mí mismo en algunas frases, un defecto que por desgracia no puedo evitar.

Tenía la novela bien perfilada en la cabeza y ya había empezado a escribirla cuando advertí —¡no antes de repasar el borrador!— que el nombre de Taubenschlag se había introducido sin que yo me diera cuenta de ello.

Pero esto no es todo: frases que me había propuesto trasladar al papel cambiaban bajo la pluma y escribía algo totalmente distinto de lo que yo quería decir; se inició una batalla entre el invisible «Christopher Taubenschlag» y yo, en la cual el primero consiguió imponerse.

Yo había planeado describir una pequeña ciudad que vive en mi memoria, pero surgió una imagen muy diferente, una imagen que hoy aparece más diáfana ante mis ojos que la conocida realmente.

Al final no me quedó otro remedio que dejar hacer su voluntad a la influencia que se llama Christopher Taubenschlag, prestarle mi mano, por así decirlo, y tachar del libro todo lo que procedía de mi propia imaginación.

Si suponemos que el tal Christopher Taubenschlag es un ser invisible que de forma misteriosa es capaz de influir a un hombre en su sano juicio y dirigirle a su capricho, surge la pregunta: ¿por qué me ha utilizado a mí para describir la historia de su vida y el proceso de su desarrollo espiritual? ¿Por vanidad? ¿O para que haga con ello una novela?

Que cada uno busque la respuesta.

Yo me reservo mi propia opinión.

Tal vez mi caso no sea el único; tal vez mañana se apoderará ese «Christopher Taubenschlag» de la mano de otro.

¡Lo que hoy parece insólito, mañana puede ser cotidiano! Quizá anda por en medio el dicho viejo, pero eternamente nuevo:

*Cada hecho que aquí suceda,  
Sucede según la ley natural.  
Yo soy el ejecutor de este hecho...  
Es vanidosa palabrería.*

¿Y la figura de Christopher Taubenschlag es sólo su precursor, un símbolo, una máscara que pretende dar personalidad a una fuerza carente de forma?

Para los Siete Sabios, que tan orgullosos están de su superioridad, la idea de que el hombre es sólo una marioneta debe resultar muy contradictoria.

Cuando un día, absorto en semejantes contemplaciones, me hallaba escribiendo, se me ocurrió de pronto la idea: ¿será tal vez este Christopher Taubenschlag algo así como un Yo dissociado de mí? ¿Una figura imaginaria, efímera, dotada de vida independiente, como las que se pre-

sentan ante aquellas personas que de vez en cuando creen entrever apariciones con las que incluso pueden conversar?

Como si aquel hombre invisible me hubiera leído el pensamiento, interrumpió inmediatamente el hilo de la narración y escribió, sirviéndose de mi mano derecha, como en un paréntesis, la singular respuesta:

—¿Es usted —sonó como una burla que me llamara de «usted» y no de «tú»—, es usted, como todos los hombres que se imaginan a sí mismos seres únicos, acaso otra cosa que una «división del Yo», una división de aquel gran Yo que se llama Dios?

Desde entonces he reflexionado mucho y a menudo sobre el sentido de esta notable frase, porque esperaba encontrar en él la clave del enigma que representan para mí las condiciones de existencia de Christopher Taubenschlag. En una ocasión creí haber descubierto en mis cavilaciones un rayo de luz, y entonces me confundió una «llamada» similar:

—Toda persona es un Taubenschlag, pero no un Christopher. La mayoría de cristianos sólo se lo imaginan. En un cristiano auténtico las palomas blancas entran y salen volando.

A partir de aquel día renuncié a la esperanza de hallar la pista del secreto ¡y deseché al mismo tiempo toda especulación sobre la posibilidad de que al final —aceptando la antigua teoría de que el ser humano se encarna varias veces en la tierra— pudiera haber sido en una vida anterior aquel Christopher Taubenschlag!

Prefiero, si me está permitido creerlo, que aquel algo que dirigía mi mano es una fuerza eterna, libre, contenida en sí misma y liberada de toda creación y forma; pero cuando me despierto por la mañana, después de un sueño sin pesadillas, veo a veces entre pupila y párpado la imagen de un hombre viejo, canoso y barbilampiño, alto y juvenilmente esbelto, como un recuerdo de la noche, y el efecto me

deja grabada para todo el día la sensación ineludible de que ése debe de ser Christopher Taubenschlag.

Con frecuencia se me ha ocurrido la singular idea de que vive fuera del tiempo y del espacio y toma posesión de la herencia de tu vida cuando la muerte te alarga la mano. ¡Para qué sirven, no obstante, tales consideraciones, que no importan nada a los extraños!

Transmito ahora las manifestaciones de Christopher Taubenschlag por el orden en que fueron expresadas y en su forma a menudo incoherente, sin añadir ni omitir nada.

# Capítulo 1

---

## PRIMERA MANIFESTACIÓN DE CHRISTOPHER TAUBENSCHLAG.

---

Desde que tengo uso de razón, los habitantes de la ciudad afirman que me llamo Taubenschlag.

Cuando de niño trotaba de casa en casa en el crepúsculo con un largo palo en cuyo extremo ardía una mecha y encendía los faroles, los niños de la calle me precedían en formación, dando palmadas rítmicas y cantando: «Taubenschlag, Taubenschlag, Taubenschlag, tarará, Taubenschlag».

Yo no me enfadaba, pero nunca canté con ellos.

Más tarde los adultos captaron el nombre y lo usaban para interpelarme cuando querían algo de mí.

Sin embargo, me llamo Christopher, nombre que me colgaba del cuello, escrito en un trozo de papel, cuando una mañana me encontraron casi recién nacido, desnudo, ante el portal de la iglesia de Nuestra Señora.

El nombre debió de escribirlo mi madre cuando me dejó abandonado.

Es lo único que me ha dado, y por esto he considerado desde entonces el nombre de Christopher como algo sagrado. Está grabado en mi cuerpo y lo he llevado como una fe de bautismo —extendida en el Reino de lo Eterno—, como un documento que nadie puede robar, durante toda



mi vida. Creció y creció sin cesar como una semilla en las tinieblas, hasta que apareció de nuevo como lo que fuera al principio, se fundió conmigo y me acompañó al mundo de la incorruptibilidad. Así, tal como ha sido escrito: se sembrará corruptible y resucitará incorruptible.

Jesús fue bautizado en su edad adulta, totalmente consciente de lo que ocurría: el nombre, que era su Yo, se hundió en la tierra; los hombres de hoy son bautizados cuando aún son lactantes; ¡cómo pueden comprender lo que les ha acontecido! Vagan por la vida hacia la sepultura como vapores, como un soplo de viento que retrocede sobre el pantano; sus cuerpos se pudren y no tienen parte alguna en aquello que resucita: su nombre. Yo, en cambio, en la medida que puede decirlo de sí mismo un hombre, sé que me llamo Christopher.

Por la ciudad circula el rumor de que un monje dominico, Raimundo de Penyaafort, construyó la iglesia de Nuestra Señora con dádivas que le enviaban donantes anónimos de todos los países.

Sobre el altar se lee la inscripción: «*Flos florum...* Así estaré sin duda dentro de trescientos años». Han clavado encima una tabla coloreada, pero siempre acaba cayéndose. Todos los años, en la fiesta de la Virgen.

Dicen que en ciertas noches de luna nueva, cuando está tan oscuro que no se ve la mano delante de los ojos, la iglesia proyecta una sombra blanca sobre la negra plaza mayor y que es la figura del dominico blanco Penyaafort.

Cuando los niños de la inclusa y el orfanato cumplíamos doce años, teníamos que confesarnos por primera vez.

—¿Por qué no has venido a confesarte? —me interpeló al día siguiente el capellán.

—¡Me he confesado, señor cura!

—¡Mientes!

Entonces le conté lo ocurrido:

—Estaba en la iglesia, esperando a que me llamaran, cuando una mano me hizo una señal y, al acercarme al con-

fesonario, un monje blanco que se hallaba dentro me preguntó tres veces cómo me llamaba. La primera vez no lo supe, la segunda lo sabía, pero lo olvidé antes de poder pronunciarlo, y la tercera un sudor frío me humedeció la frente, la lengua se me inmovilizó, no podía hablar, pero alguien gritó en mi pecho: «Christopher». El monje blanco debió de oírlo porque escribió el nombre en un libro, lo señaló y dijo: «Con esto has quedado inscrito en el Libro de la Vida». Entonces me bendijo y añadió: «Te perdono tus pecados, los pasados y los futuros».

Al oír mis últimas palabras, que pronuncié en voz muy baja para que no las oyera ninguno de mis compañeros, porque me daban miedo, el capellán retrocedió un paso, como sobrecogido por el horror, y se santiguó.

Aquella misma noche, por primera vez, abandoné la casa de manera incomprensible, y después no pude explicarme cómo volví.

Me había acostado sin ropa y me desperté por la mañana en la cama totalmente vestido y con las botas cubiertas de polvo. En el bolsillo tenía flores silvestres que sólo podía haber cogido en la cumbre de la montaña.

Con posterioridad me ocurrió a menudo, hasta que los vigilantes del orfanato lo descubrieron y me pegaron porque nunca podía decir dónde había estado.

Un día me hicieron ir al convento a ver al capellán, que estaba con el anciano que más tarde me adoptó y que se hallaba en medio de la habitación, y adiviné que habían hablado de mis excursiones.

—Tu cuerpo es aún demasiado inmaduro; no puede ir contigo. Te ataré —dijo el anciano mientras me llevaba de la mano a su casa, jadeando de un modo extraño a cada palabra.

El corazón me palpitaba de miedo, porque no comprendía qué quería decir.

En la puerta de hierro de la casa, adornada con grandes clavos, se leía, grabado sobre metal: «Bartolomáus, barón

Von Jocher, farolero honorario».

No comprendí cómo un noble podía ser farolero; al leerlo, tuve la sensación de ser despojado de todos los escasos conocimientos adquiridos en la escuela, como si fueran pedazos de papel; hasta tal punto dudé en aquel instante de mi capacidad de pensar con claridad.

Más adelante supe que el primer antepasado del barón había sido un farolero corriente a quien ennoblecieron por alguna razón que desconozco. Desde entonces, en el escudo de los Von Jocher figura una lámpara de aceite, una mano y un palo, y los barones cobran de generación en generación una pequeña renta anual del Estado, tanto si desempeñan como si no su trabajo de encender los faroles de las calles.

Al día siguiente ya tuve que empezar a ejercer el cargo por orden del barón.

—Tu mano debe aprender lo que más tarde realizará tu espíritu —dijo—. Por muy humilde que sea el oficio, se ennoblece cuando el espíritu puede adoptarlo. El trabajo que el alma se niega a heredar no es digno de que lo ejecute el cuerpo.

Miré al anciano y guardé silencio, porque entonces aún ignoraba el significado de sus palabras.

—¿O preferirías ser comerciante? —añadió en tono de amistosa burla.

—¿Debo apagar los faroles por la mañana temprano? —pregunté con timidez.

El barón me acarició la mejilla:

—Por supuesto; cuando sale el sol, la gente no necesita otra luz.

De vez en cuando, mientras me hablaba, el barón me miraba a hurtadillas de un modo singular; en sus ojos parecía ocultarse la muda pregunta: «¿Comprendes por fin?», o acaso significaba: «Estoy lleno de inquietud, por si lo has adivinado».

En estos casos sentía a menudo un cálido ardor en mi pecho, como si aquella voz que durante mi confesión al monje blanco había gritado el nombre de Christopher me diese una respuesta inaudible.

Desfiguraba al barón un enorme bocio en el lado izquierdo, de modo que el cuello de su levita tenía que estar cortado hasta el hombro para que no impidiese el movimiento del cuello.

Por la noche, cuando la levita estaba colgada de la butaca y parecía el tronco de un decapitado, solía invadirme un terror indescriptible del que sólo podía librarme imaginando la influencia sumamente amable sobre la vida que emanaba del barón. Pese a sus achaques y el aspecto casi ridículo que ofrecía su barba gris sobre el bocio, como una escoba erizada, mi padre adoptivo tenía una elegancia y delicadeza poco corrientes, una cualidad indefensa e infantil, y como una incapacidad de herir a nadie, que sólo hacían que aumentar cuando a veces adoptaba una actitud amenazadora, y le miraba a uno con severidad a través de los vidrios ustorios<sup>[1]</sup> de sus anticuados quevedos.

\* \* \*

En tales momentos se me antojaba siempre una gran urraca que se plantara delante de uno como desafiando a la lucha, mientras su ojo, vigilante en extremo, puede apenas disimular el miedo: «No te atreverás a intentar cogermé, ¿verdad?».

\* \* \*

La casa de los Von Jocher, en la que viviría tantos años, era una de las más antiguas de la ciudad; tenía muchos pisos, que habían alojado a los antepasados del barón, siempre la nueva generación en un piso más alto que la anterior, como si sus ansias de estar más cerca del cielo fuesen cada vez mayores.

No puedo recordar si el barón había entrado alguna vez en estas viejas estancias, cuyas ventanas eran ciegas y grises; vivía conmigo en un par de habitaciones desnudas y encaladas que había bajo el tejado plano.

En otros lugares crecen los árboles sobre la tierra y los seres humanos caminan entre ellos; en nuestra casa hay un saúco de umbela blanca y fragante que crece muy alto en una gran caldera herrumbrosa que, destinada a canalón en otro tiempo, envía hacia el empedrado una cañería llena de hojas podridas y tierra sucia.

Muy abajo fluye un río ancho, sin olas, de agua proveniente de las montañas, pegado a las antiquísimas casas de color rosa, amarillo ocre y azul claro, que miran desde sus ventanas desnudas y cuyos tejados parecen sombreros sin alas, cubiertos de musgo verde. Rodea como un círculo la ciudad, que se levanta dentro de él como una isla apresada por un lazo de agua; viene del sur, se dirige hacia el oeste, vuelve de nuevo al sur, ahora a través de una estrecha lengua de tierra en cuyo extremo se levanta nuestra casa, separado del lugar donde empieza a abrazar la ciudad, para desaparecer de la vista detrás de una colina verde. Por el puente de madera marrón, flanqueado por tablas de la altura de un hombre —con el suelo de burdos y ásperos troncos que se mueven cuando pasa una carreta de bueyes—, se llega a la otra orilla, arbolada, por la que bajan al agua regueros de arena. Desde nuestro tejado se domina un gran panorama de prados en cuya brumosa lejanía las mon-

tañas flotan como nubes y las nubes pesan como montañas sobre la tierra.

En medio de la ciudad descuella un edificio largo, parecido a un castillo, sin otra utilidad que captar el calor abrasador del sol otoñal con centelleantes ventanas sin párpados. En el empedrado redondo de la siempre desierta plaza mayor, en la que los grandes quitasoles de los vendedores, entre montones de canastas invertidas, parecen gigantescos juguetes olvidados, la hierba crece entre los intersticios de las piedras.

A veces, los domingos, cuando el calor quema los muros del barroco ayuntamiento, surgen de la tierra los sonidos ahogados de una música de instrumentos de metal, traídos por un fresco soplo de viento; su volumen aumenta, el portón de la posada La Posta, llamada Fletzinger, se abre de repente y una comitiva nupcial engalanada con trajes típicos avanza con paso lento hacia la iglesia; los muchachos, con fajas policromas, agitan vistosas guirnaldas, y delante desfila un enjambre de niños, encabezado por un cojo de diez años, ágil como una comadreja, pese a sus muletas, y medio loco de alegría, como si el alborozo de la fiesta sólo le perteneciera a él, mientras todos los demás están serios y solemnes.

Cuando aquella primera noche ya me había acostado para dormir, se abrió la puerta y de nuevo me invadió un temor indefinido, porque el barón se me acercó y tuve miedo de que quisiera atarme, como había amenazado. Pero sólo dijo:

—Quiero enseñarte a rezar; no todos sabéis hacerlo. No se reza con palabras, sino con las manos. Quien reza con palabras, pide limosna. No se debe mendigar. El alma ya sabe lo que necesitas. Cuando se juntan las palmas de las manos, la izquierda se encadena a la derecha en las personas.

»De este modo el cuerpo queda bien atado, y de las yemas de los dedos, dirigidas hacia arriba, se eleva, libre, una

llama. Éste es el secreto de la oración, que no está escrito en ninguna parte.

\* \* \*

Aquella noche vagué por primera vez sin despertarme a la mañana siguiente con botas polvorientas y vestido en la cama.